

EL COMBATE

AÑO II.—NÚMERO 32

SEMANARIO REPUBLICANO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Salamanca: trimestre, UNA peseta.—Fuera: idem, 1.50.
Fuera: semestre 2.75.

Número suelto, 5 céntimos.—25 ejemplares, UNA peseta.
Número atrasado, 10 céntimos.

Director: D. ANGEL LORD MARCOS

á quien se dirigirán los originales y toda clase de correspondencia.

CUESTA DE OVIEDO

DOMINGO 18 DE FEBRERO DE 1900.

EL 11 DE FEBRERO EN SALAMANCA

Como oportunamente se anunció, la fecha que sirve de epígrafe á este artículo fué festejada por 59 republicanos salmantinos que se reunieron en el salón que para estos actos tiene el acreditado café del Pasaje, á cargo del modesto é inteligente industrial Marcelino Chapado.

¡Cincuenta y nueve nos reunimos! Ni uno más ni uno menos, ¿á qué exagerar como se acostumbra en tales casos? La verdad y siempre la verdad. ¿Pues qué adelantábamos con decir que fuimos tantos y cuantos, exagerando la cifra, y que reinaron en la reunión grandes entusiasmos y se vieron grandes energías y no menos deseos de sacrificio para conseguir el triunfo de nuestros ideales? Nada, ni engañarnos á nosotros mismos.

¿Qué decepción y qué enseñanza? Si la palabra y el pensamiento del honrado Bernardo de Antonio hubieran tenido la elocuencia de un Castelar y lo profundo y filosófico de un Salmerón, cuánta verdad encerraban y qué amarguras se desprendían de ellas!

En un solo ídolo del pueblo asistió. Todas las fracciones republicanas estaban allí representadas, pero no por los que siempre han estado en las jefaturas, y á todas horas han dirigido la política republicana local, no, en aquel salón, aquella memorable noche, no había más que los republicanos de siempre, los que no sienten en su interior la nostalgia del poder por el medro personal, ni han tomado la República como medio para que sus nombres figuren como directores de algo y á los demás tomen como comparsas de zarzuela para que hagamos el coro á todo cuanto ellos cantan ó declaman en las épocas propicias donde se representan algunas comedias políticas.

Allí no estaban más que los que siempre han sido soldados de fila, los que jamás se ocultaron, los que siempre han respondido, los que siempre están dispuestos.

Hombres encanecidos y que á pesar de los desengaños, tienen el corazón de niño y la fe republicana se extinguirá en sus corazones cuando éste dé su último latido.

Hombres que siempre han sido republicanos y que conservan todas sus energías, á pesar de que el único premio que á diario reciben por su constancia y fidelidad, son susabores y privaciones que no tendrían amoldándose con ductilidad á la exigencia y convencionalismo de los vividores y farsantes que ahora se estilau y están en plena moda.

Jóvenes con todo el ardor y entusiasmo de los primeros años que no dejándose seducir por cuentos de sirena, abandonan voluntariamente un camino cubierta su maleza por seductoras flores, por seguir el verdadero, lleno de escollos y de espinas, pero el único para ser útil á su patria.

Estos tres elementos se reunieron en el banquete del 11 de Febrero.

Pero al ser sinceros en la narración, como creemos corresponde á los que por la verdad luchamos, no se crea que nuestro entusiasmo decayó esa noche un solo átomo, al contrario, siempre se respira mejor entre poco aire cuando éste es puro

y lleva el oxígeno vivificante á los pulmones; que cuando el aire es mucho y está lleno de miasmas insanos y perjudiciales para la vida!

Solo si debemos de hacer una advertencia á los buenos republicanos; memoria, mucha memoria y un libro de cuentas, y el día, no lejano, de ajustar las del contrario, dediquemos un rato á las nuestras, que hasta en el hogar doméstico es bueno vivir con cuenta y razón y nada nos debe interesar tanto como saldar nuestros débitos, para empezar vivien lo clara y desembarazadamente.

Otra consecuencia gratisima y que siempre habíamos sostenido nosotros, sacamos del banquete, y es que el elemento sano, de acción y sin aspiraciones, está unido como un solo hombre, sin necesidad de pactos y transacciones ridiculas; en Salamanca hay federales, progresistas y de la fusión; todos tienen su comité más ó menos legalmente constituidos, pero cuando se llama de buena fe á los republicanos salmantinos, ninguno se acuerda de preguntar de quién es el llamamiento; oyen la voz de la República y á ella acuden con amor, entusiasmos y deseos de que llegue el día de que se les llame á combatir de verdad por tan sacrosanta causa.

Quisiéramos decir cuanto sentimos en estos momentos ¿pero á qué? Buena gana de regocijar enemigos y de que se vayan glorien aquellos que tienen la pretensión ridícula que son el todo dentro de los partidos republicanos y que sin su cooperación éstos llegarán á desmoralizarse y desaparecer como á ellos les convenia, por faltarles el valor de decir en público, que aquello que predicaron en otras ocasiones, ya no lo sienten en su espíritu y que á lo más lo único que les queda es la hipocresía en los labios y no decimos en la conciencia, por que ésta necesariamente tiene que recordarles con nobleza y seguirles en todos sus actos llamándoles traidores ó cobardes, según el espíritu en que esté encarnado (1).

Brindis, hubo pocos, ninguno elocuente, pero todos sinceros y leales; las palabras que allí se pronunciaron salían del corazón, y si alguno dijo más de lo que quería, nadie se debe extrañar, pues cuando el alma y el corazón se llenan de amargura, el pensamiento se enturbia y los labios no aciertan á pronunciar más que frases de desesperación y desconsuelo.

Allí levantaron su voz Villar, de Antonio, Escudra, Martiño, Cáceres, López, Fernández Robles (que actuaba de presidente), muchos más lo hubieran hecho, pero todos deseaban que cuanto antes concluyera un acto que era una vergüenza más para el partido republicano, vergüenza que sellaban con su proceder, los que tenían obligación y podían haber asistido.

Claro es que los que decimos anteriormente tienen sus excepciones, pues con aquel que hace tiempo no asiste á banquetes de ninguna índole, pero que siempre responde con sus actos á todo cuanto de

(1) En otro lugar se publicó una carta de nuestro amigo Sanchez Holgado, que fué leída en el banquete, y con cuya idea estamos de acuerdo.

él necesitan los republicanos, no rezan nuestras censuras; con aquellos otros que ausentes ó enfermos no pudieron asistir en persona, aunque su espíritu allí estaba, tampoco, pues todos merecen nuestro cariño y respeto; pero con los otros... con los que conocemos... con aquellos que ponen precio á su republicanismo, creyendo que se cumple con peseta mas ó menos, con esos... nuestro odio, que aunque comprendamos que se rien de él por ser nuestro y por lo tanto insignificante, tengan entendido que no es solo, pues hoy ya el pueblo conoce bien á todos y sabe distinguir de colores, y si no al tiempo.

No sé si esta revista ó artículo desagradará á mis amigos, pero creo que no; pues en ella nadie se oculta y si es perjudicial el decir la verdad y la República había de venir engañándonos unos á otros, que no venga, pues para deshonrarla, bien está inmaculada y pura, esperando hombres de fe, corazón y voluntad innegables para sacarla de su postración.

La ley

sobre los «Accidentes del Obrero».

Mientras se ha discutido el proyecto, los periódicos han hablado de si era ó no suficiente para atender á los trabajadores en la forma que la justicia exige.

Hoy, ya publicada la ley, lo que los obreros deben procurar, es que en todos los casos se obligue al amo á cumplirla. Es necesario que cuando un obrero se inutilice para unos días ó para toda la vida, el amo á quien éste obrero estaba enriqueciendo con su trabajo, tenga obligación de ayudarle ya que trabajando para él sufrió el accidente.

Esto es lo que la ley sobre accidentes del trabajo significa. Por primera vez empieza el obrero á tener derechos á pedir algo al amo, quien hasta ahora ha disfrutado de una propiedad que ninguna obligación tenia.

Hace falta que los obreros comprendan la importancia de la ley publicada y que se unan, como medio eficaz para pedir el cumplimiento de la ley, que voluntariamente no será cumplida.

Los beneficiados con la ley, los que desde la publicación tienen derechos nuevos, son los obreros, y los que tienen nuevas obligaciones son los amos, los burgueses. La lucha ha de ser entre el trabajador que pide, amparado por la ley, y el amo que se niegue á pagar, amparado por su dinero. Por eso los trabajadores deben unirse para pedir el cumplimiento de la ley y no quedar después á caprichos de un burgués rencoroso.

Si los obreros de Salamanca se penetran bien de lo que la nueva ley significa y en interés de ellos mismos, se deciden á pedir su cumplimiento, en todas las ocasiones, verán como poco á poco se aproxima la clase obrera á una época inmensamente mejor que la actual.

Antes el obrero que se caía de un andamio ó el que se quedaba sin una mano, á nada tenían derecho más que á morir de hambre. Hoy el obrero que sea víctima de un accidente, debe exigir al amo que le atienda en la forma que la ley manda que atienda á sus obreros en estos casos.

Para todo esto nada como la asociación. En el caso de que el amo se niegue

á cumplir con la ley, es necesario que un abogado en ejercicio, denuncie y defienda el caso ante el Juzgado ó la Audiencia respectiva. Si todos los trabajadores de Salamanca estuvieran unidos en una Federación local, podrían pactar con un abogado las condiciones en que había de encargarse de defender á las víctimas del trabajo.

D. Adolfo Buyla, uno de los mejores economistas españoles, ha dado una prueba de su amor á la clase obrera con las siguientes líneas puestas al final de un artículo publicado en *Vida Nueva*: «El que estas líneas escribe, se ofrece desde luego, como abogado, á practicar gratis cuantas gestiones judiciales sean necesarias en el Juzgado y Audiencia de Oviedo, en donde ejerce la profesión, y espera que no han de faltar personas de sentimientos caritativos, que cumplan esta misión en todos los tribunales de España, para que esta ley, que después de todo significa un gran progreso en la acción protectora del obrero por el estado, no sea letra muerta.»

Por primera vez en mi vida siento no ejercer la profesión. Y ustedes, señores abogados en ejercicio, ¿no quiere ninguno encargarse de defender gratuitamente á los que en justicia lo merecen, pues en la mayor parte de los casos no podrán pagar honorarios? Yo, que no puedo hacerlo, ofrezco á los trabajadores de Salamanca, en nombre de la Agrupación socialista, un ejemplar de dicha ley. No tendré para todos, pero... hasta donde alcance.

Y en cuanto los obreros la tengan, á aprenderla de memoria y á pedir su cumplimiento siempre que proceda, para evitar que los obreros incapacitados para el trabajo tengan que dedicarse á pedir limosna.

PEPE REV.

SOBRE LAS RAPIDAS

Mejor informado que en un principio de los hechos que sirvieron de fundamento á mis *Rápidas* del 4 y del 11 del corriente, declaro con toda nobleza que son del todo inexactos, y al mismo tiempo no tengo inconveniente en rectificar, y lo hago con mucho gusto, haciendo honor á la caballerosidad de dos señores aludidos en aquellas, las frases y conceptos que pudieran considerarse ofensivos ó injuriosos dichos señores.

CELSO R. ZUGARRONDO.

ADVERTENCIA

Suplicamos á todos nuestros abonados de fuera de la capital que aún no han contestado á la cartacircular que les mandó la Administración de este semanario, se sirvan contestar lo antes posible, remitiéndonos en la forma que indicábamos el importe de las suscripciones que adeudan.

Pueden comprender que al recordarles este pequeño sacrificio, es porque nuestras cuentas siempre resultan con déficit, y aunque esto lo soportamos gustosos, justo es que los buenos amigos lo alivien si quiera con lo que se comprometieron.

Al Directorio de fusión republicana.

ALTO Y CLARO

Nos dirigimos a este superior organismo, porque en él radican todas nuestras esperanzas, como fueron el objetivo predilecto de nuestros entusiasmos.

Bien pudiéramos hacerlo y acaso con más razón, a los que tuvieron más cuidado y menos aprensión para asumir las responsabilidades que sobre ellos echaban el cortísimo número de republicanos que buscaban jefes por todas partes, sin importarles nada el fin hermoso y salvador de unir las numerosas fuerzas republicanas de esta patria, que, contra lo que muchos afirman interesadamente, no sólo tienen empuje suficiente para derribar estas horribles instituciones causa primordial y única de nuestro derrumbadero nacional, si que les sobran elementos honrados y el vigor preciso para provocar el repacimiento de aquellos poderes españoles que en otro tiempo ostentara esta patria desgraciada.

Habéis dejado pasar los mayores acontecimientos sin dar la más pequeña señal de vida que demostrase que velabais como fieles guardianes de los intereses republicanos y del imperio de su espíritu.

Dijisteis mil veces y os hicimos coro, que en todas partes podíais trabajar por la revolución, piedra única de toque que ha de deshacer los vicios de la monarquía al fiero empuje de las virtudes republicanas.

Otras tantas culpásteis al pobre pueblo, a ese montón anónimo, que su delito mayor voy creyendo que lo ha cometido por ser tan ciegamente sumiso, otras tantas, repito, le culpásteis de indisciplinado y de poco culto para secundar vuestros esfuerzos.

Pusisteis vuestras miradas en el Parlamento y afirmábais que allí, entre los hombres «que discurren» y lejos de este bullicio popular, todo tropel y confusión, allí demostraríais al país las excelencias de la República y los robos y depredaciones de la Monarquía.

Huíais siquiera fuera por el momento, huíais de la revolución de la plaza para iniciarla en el Templo de los poderes patrios y para salvar vuestras responsabilidades y las vuestras.

¡Ah! ¡Qué horribles decepciones váis llevando al alma de los más convencidos.

¿Dónde está vuestra revolución parlamentaria? ¿No habéis dejado pasar sin la más pequeña protesta ese terrible engendro de los Pidales que ha de llevar más sombras y más negruras a la conciencia, que un siglo que imperasen los poderes más retrógrados?

¿No habéis visto con una calma espantosa cómo ha desaparecido el territorio nacional y cómo se probaba que la maldad de los hombres y de la monarquía había producido la ruina que hoy llora la patria?

¿Cuándo habéis protestado valientemente en defensa de esas aspiraciones nacionales que por todas partes formaba en avalancha vengadora?

¿Esperáis acaso mayores acontecimiento? Y aunque sobrevengan, que los prevemos, ¿no han sido bastantes numerosos y desoladores los que han pesado y pesan todavía sobre la pobre espalda popular que va curtiéndose golpe fiero de tanto latigazo?

Nada hicisteis en el Parlamento; nada hacéis en la calle.

Indolencia por todas partes y dando motivos a diario para que el pueblo se haga esta pregunta: ¿Son ministeriales los republicanos?

Ahora mismo hablábais de una formal unión de todos, y anunciábais conferen-

cias que se suspendían por faltar hoy el Sr. Sol y Ortega; mañana, el secretario del Directorio; al otro día todo el mundo.

¿Qué es esto? ¿Son tan pocos sagrados los intereses que sintetizan los principios republicanos, para que se hallen a merced de tan insignificantes motivos?

¿Estáis acaso cansados, ó habéis determinado no esforzaros más en lo que os resta de vida?

Si maldecís la revolución en las calles y cuenta que no tenéis los medios para hacerla, porque la pedis de modo que no se os puede dar, y tampoco la provocáis en el Santuario parlamentario, circo de vuestros talentos; si no habéis aprovechado las preciadas ocasiones que talvez no se nos vuelvan a presentar; si confiesan vuestros hechos que para nada servís en la dirección de este gran partido, ¿qué os proponéis siguiendo en estos puestos que, con ser muy sabios, no sabéis ocupar?

Mil veces habéis tenido deberes que otros hubieran creído ineludibles; ocasiones propicias os han presentado los sucesos: delante de vosotros han pasado acontecimientos que en cualquier otro pueblo, ó con otros hombres más valientes, hubieran provocado la revolución española que se precisa para salvar la patria, y nada de esto habéis aprovechado.

Pero hoy todavía vuestro destino implacable os quiere sujetar a nueva prueba que seguramente será la última y final.

El pueblo productor, industrial y comerciante, teniendo a su lado la vida intelectual, está de pie.

Ha empezado sus últimas palabras; busca un gobierno cualquiera que salve algo de lo poco que queda a España, y no debéis perder este nuevo instante.

Ningún faro brilla, fuera del que produce un rastro luminoso en el Puerto avanzado de la República; deshaced la bruma; mostrad sus resplandores en todo su esplendor; dejad que os dividan esos intrépidos navegantes que por salvar una vístima tan preciada, no vacilaron en lanzarse al mar embravecido, ni tiemblan ante las olas encrespadas.

Dejadles llegar y no les pongáis a tributos sus honores.

Tenedles un bote salvavidas con un «programa» que acepte sus conclusiones de Valladolid, ya que perfectamente encarnan en nuestros principios de gobierno.

Tendédselo pronto y veamos si quieren el puerto luminoso y salvador de toda la tripulación ó si sólo pretenden un faro único de resguardo temporal.

Mostradles que la República es el todo y que la monarquía ni siquiera puede producir la parte, y que elijan.

Pero si también os mostráis insensibles en este momento histórico para la vida de España y seguís durmiendo en el seno de vuestra indolencia perezosa, y dando motivos para que os puedan atribuir la causa de que se hayan ido con la monarquía y con sus hombres; entonces, será un partido indigno y de borregos el partido republicano, si no os arroja de vuestro sitio por ineptos ó por malvados.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

LA GENTE NUEVA

Así como hay juventud católica, hay también juventud republicana. Aquella está compuesta de educados de los jesuitas y de los escolapios, lleva escapularios y finge asustarse de la libertad, del progreso, de las gentes impías, de las mujeres de vida airada; ésta la forman jóvenes fogosos que han hecho estudios libres, ó al menos no se han doblegado a beatas y frailes, a confesores rutinarios é intránsigentes, ni á rezadores de oficio. La primera es una pléyade de gomosos impertinentes, de sabios en agraz, de pedantes imbéciles, de los que ningún fru-

to puede esperarse. La segunda... En la segunda se encuentran, por lo menos, entendimientos claros, disposición para el culto de la verdad, amor a las ciencias, al progreso, a la libertad; compadecen a la mujer extraviada; no se burlan de la ignorante; se interesan por el pobre; sin regenerar a la patria con sus talentos y sus virtudes, dando al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios, como dijo Jesucristo, pero negando desde luego su apoyo a los abusos, a la injusticia, a la falsedad, al engaño, a la hipocresía.

La juventud católica lleva cirios en las procesiones para alumbrar a los santos y mira de soslayo a las muchachas bonitas que se hallan a su paso y se ríen de su estiramiento y fingida compostura; la juventud republicana, lleva libros y periódicos en la mano para estudiarlos de camino que dan un solitario paseo; miran defrente a todo el mundo, y no se cuidan de que sus conversaciones las escuche y las comente algún mentecato clérigo ó alguna beata maliciosa. Los unos serán con seguridad el ejército de la noche, de las sombras, de lo negativo, de lo horroroso; los otros son los soldados del porvenir, los héroes futuros, los redentores santos de la humanidad y las glorias de la patria. Con ellos podrá España librarse de todos sus tiranos, de todos sus ladrones, de todos sus verdugos; con ellos podrá redimir su pasado deshonoroso, reivindicar su derecho y asegurar su dicha en el tiempo que vendrá.

Pero la juventud es inexperta, la juventud suele ser indócil por efecto de su excesiva fuerza vital, y sus energías perderán acaso entre las vacilaciones de su espíritu y la incertidumbre de sus pasos impremeditados é inseguros. Sin embargo, de esperar es que en nuestra juventud republicana no suceda así, porque nuestros amigos, aunque inexpertos, tienen sobrada fe y sobrados alientos y educación social bastante esmerada, y aben inspirarse en los ejemplos de las historias y oír la voz de la verdad y los consejos de la experiencia y la propaganda de los escritores y de los oradores republicanos, que son lo bastante honrados, y consecuentes y amantes del pueblo para enderezar sus caminos y para guiarlo a la victoria de los nobles ideales que intorma nuestro credo y reclama la regeneración del país.

Atrás la reacción. Atrás los mentecatos y los hipócritas con escapularios y estampas místicas. Paso a la luz, a la ciencia, a la verdadera virtud, a la razón humana. Paso al progreso que representa nuestra brillante juventud.

XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

¿Nos regeneran?

Dice el Boletín de Primera Enseñanza «que dirige D. Gonzalo Sáenz y Muñoz, en su número de 25 de Diciembre último: «Obras.—El Ayuntamiento de esta capital ha acordado que se hagan en los edificios de las Escuelas Normales superiores de Maestros y Maestras las obras necesarias para la instalación de las nuevas escuelas graduadas»

Cierto, ciertísimo que esto fué acordado y aprobado por el Ayuntamiento en Noviembre próximo pasado; pero hasta la fecha... nada; es decir, sí; algo se ha hecho, algo que no debía hacerse; algo que no es legal, algo que merma un derecho amparado por una ley y desatendido por los que se obligaron a cumplirla.

Lo que ocurre con el asunto de escuelas graduadas, nos hace recordar un cuento que copiaremos íntegro, si nuestra memoria nos es fiel, y que ó nos equivocamos mucho, ó viene en el caso presente como anillo al dedo.

Como nos lo contaron lo contamos.—Había en cierto pueblo, hace algunos años, un individuo rico al parecer, y digo

al parecer, porque hecho un balance detallado de su fortuna en el tiempo a que me refiero, el saldo sería pasivo y de gran consideración.»

«El tal rico en apariencia, al decir de sus convecinos, lo sería realmente, si su administrador hubiera trabajado con asiduidad para librar a su amo y señor de la horrible é inminente bancarrota; pero es el caso que el tal administrador, en opinión de muchos, acaso maledicentes, se apuraba poco y gastaba el dinero de su administrado en pagar cuentas ajenas, evidentemente perjudiciales a los intereses que administraba.»

Mucho se cebaba la maledicencia popular en el citado administrador; pero no hemos de tomarla en consideración y... vamos al grano, siguiendo al cuentista.

«Cierta día, dijo el rico a su administrador: Quiero que la huerta X... se me arregle de tal suerte que no pueda competir con ella ninguna otra del pueblo en hermosura y fertilidad; y, al efecto, toma mil duros para subvenir a los gastos necesarios.»

«Tomó el administrador el dinero; pero en vez de darle la invasión que su señor deseaba, determinó favorecer a un su amigo, arrendatario de otra huerta colindante a la de su administrador. Se acordó de que la casa de la huerta en cuestión quedaría muy bonita si en ella se hicieran algunas reparaciones, y, dicho y hecho... gastó lo que fué necesario en tales obras, dando a su amigo las mayores comodidades, que pudo por que decía que a su señor se le habría olvidado seguramente lo del arreglo de su finca.»—«Estoreía el administrador; pero su administrador le pidió cuentas; no supo qué contestar y se vio despedido, no sin antes sentir la punta del pie de su señor en el remate superior de las piernas.»

Hasta aquí el cuento, y, ahora expliquemos la causa de recordarle. Asociemos ideas.

En Noviembre último y en cumplimiento de lo prevenido en un Real decreto ley del ministerio de Fomento, publicado en la Gaceta de 5 de Septiembre, el Ayuntamiento de esta capital acordó y aprobó se hicieran las obras necesarias para instalar en las Escuelas Normales las graduadas que, por aquella disposición legal se creaban, y esta es la fecha en que nada se ha hecho con tal objeto, pero en cambio, si se han efectuado obras en la Normal de maestras para arreglar clases y la casa habitación de la directora de aquel Centro docente. Nada diríamos de lo ya hecho, si las graduadas estuvieran instaladas; pero las graduadas, obra propia del Municipio.... buenas.... gracias y, entre tanto, lo otro que debía haberse hecho por cuenta de la Diputación provincial.... ¿lo otro?... ya lo arregló el Ayuntamiento.

Explicada queda la causa de nuestro recuerdo, porque ¿no os parece, salmantinos, ver algunas semejanzas entre lo que ocurre con las graduadas y lo que el cuento reza? ¿No creéis, que podemos comparar nuestras arcas municipales, con el rico al parecer, nuestro Ayuntamiento con el administrador del cuento en lo de invertir el dinero de su administrado en pagar cuentas de otro, la directora de la Normal con el amigo del administrador, las escuelas graduadas con la huerta del rico y las clases y habitaciones de la Normal de maestras con la casa de la huerta colindante? ...

Ante lo que ocurre, pensamos si el Ayuntamiento habrá pactado con la Diputación cambiar los papeles y ejecutar aquél las obras de ésta y viceversa. Si así fuera, menos mal; pero téngase en cuenta que nada hay tan importante, ni tan necesario como la educación é instrucción popular, y que el Estado y el Municipio están obligados a proporcionar aquellas a los pobres, ya que los ricos las adquieren, ó pueden adquirirlas con su dinero.

